

la de Trabal, *Vals* (1936), que tindrà com a referència els musicals de Fred Astaire. Un incís: no hi dubte que si hi ha una persona idònia per a realitzar la monografia sobre Trabal que fa anys i panys que reclamem els estudiosos —i que vagi més enllà del meritori estudi de Jordi Pinell, *Francesc Trabal i les seves novel·les*, publicat el llunyà 1983— no és altra que Iribarren ja que hi ha escampades al llarg de l'assaig referències a la pràctica totalitat de l'obra de l'autor sabadellenc, cosa que n'evidencia el profund coneixement que en té.

Per tot plegat, només ens resta felicitar Teresa Iribarren per la rigorositat i la qualitat que reflecteix un treball de l'entitat de *Literatura catalana i cinema mut*. No en va, les aportacions que hi desplega sobre la literatura catalana dels anys vint i trenta són múltiples i d'un gran interès. I paga la pena remarcar, una vegada més per si hi hagués algun dubte, les originals i, alhora, acurades lectures d'obres significatives d'Alexandre Plana, Josep Pla, Carles Soldevila i Francesc Trabal, a partir d'uns plantejaments metodològics innovadors que incorporen el model cinematogràfic, i que obligarà, sens dubte, a variar —o, si més no, a revisar— les interpretacions que tradicionalment se n'han fet. I, això, tot s'ha de dir, no és poca cosa.

Josep CAMPS I ARBÓS  
Universitat Oberta de Catalunya

LABORDA, Xavier / ROMERA, Lourdes / FERNÁNDEZ Planas, Ana M. (ed.) (2014): *La lingüística en España. 24 autobiografías*. Barcelona: Editorial UOC, 402 pp.

Gratitud. Posiblemente este sea el sentimiento más reiterado a lo largo de las veinticuatro autobiografías y de las casi cuatrocientas páginas de texto (pp. 13-392) de esta valiosa obra. Gratitud a los maestros universitarios, a los primeros maestros de la infancia y del instituto, a los editores, a la familia: una madre (pp. 208, 221), un hermano (p. 100). Lo expresa Miguel Casas a través del viejo refrán «es de bien nacido ser agradecido» (p. 109), tal como le inculcaron sus progenitores. Lo observa Luis Cortés Rodríguez, quien remite a la autoridad de *Don Quijote*: «De gente bien nacida es agradecer los beneficios que se reciben y uno de los pecados que más a Dios ofende es la ingratitud» (p. 144); pasaje al que sigue un rosario de agradecimientos de casi una página entera (pp. 144-145).

Como señalan sus coeditores desde el inicio, *La lingüística en España* es una colección de memorias personales, veinticuatro miradas que retratan vidas pasadas. Uno de los autores, Guillermo Rojo, parece expresar a través de su sentir lo que se diría un posible criterio, no explicitado en el «Prefacio» (pp. 11-12), para la selección de esas veinticuatro miradas:

Tanto en general como en lo estrictamente académico, me siento parte integrante de la generación (la de los nacidos en los quince o veinte años posteriores al final de la guerra civil) que, a mi modo de ver, ha protagonizado el gran cambio que ha convertido a España en lo que es hoy. (p. 352)

Tanto la lista inicial por orden alfabético de autores (p. 5), como el «Índice» general de la obra (pp. 7-10), presentan la nómina de los elegidos, de los que anoto entre paréntesis el año de nacimiento, con la excepción de Milagros Fernández Pérez, de quien no figura dicha información. En aquella primera lista, los 24 autores figuran con los dos apellidos. En el «Índice», al que me atengo aquí, solo algunos:

Joan A. Argenter (1947), Albert Bastardas Boada (1951), Ignacio Bosque (1951), M. Teresa Cabré (1947), María Luisa Calero Vaquera (1956), Miguel Casas (1957), Ramon Cerdà Massó (1941), Luis Cortés Rodríguez (1946), Violeta Demonte Barreto (1944), Josefa Dorta (1956), Maitena Etxebarria Arostegui (1953), Milagros Fernández Pérez, Juana Gil (1955), Ángel López (1949), Francisco A. Marcos Marín (1946), Eugenio Martínez Celdrán (1947), Juan Carlos Moreno Cabrera (1956), Rosa Miren Pagola Petrarena (1949), José Antonio Pascual (1942), Xosé Luís Regueira (1958), Emilio Ridruejo (1949), Guillermo Rojo (1947), Vicent Salvador (1951) y Amadeu Viana (1958).

Prácticamente dos décadas, pues, abrazan los años de nacimiento de este selecto grupo de lingüistas, una generación que recoge ecos de precursores, maestros reconocidos y recordados, como Rafael Lapesa, Emilio Alarcos, Manuel Alvar, Antoni Maria Badia, Eugenio de Bustos, Fernando Lázaro Carreter o Félix Monge, cuyos nombres, como es lógico, aparecen abundantemente citados a lo largo del libro, y así lo confirma el «Índice» anexo al final (pp. 393-402), sobre el que volveré después.

Cada autor se ha debido enfrentar a una serie de cuestiones planteadas por los coeditores en el «Prefacio» (p. 12): «¿cómo y por qué entré en el ámbito de la lingüística? ¿Qué ramas de la materia me han atraído? ¿Qué influencias recibí en mi formación? ¿Qué papel he tenido en el desarrollo de la lingüística». Y cada cual ha obrado con absoluta libertad, dejando el rastro de su estilo, su personalidad, su memoria. Algunos, mediante la distribución del texto bajo elaborados epígrafes; otros, sin ese tipo de subdivisión. Y cada contribución arranca con una ficha de presentación, a manera de currículo esencial, que contiene datos biográficos, académicos y de proyección científica.

A las fuentes de inspiración que se declaran como modelo de la obra, a saber, *Linguistics in Britain*, de Keith Brown y Vivien Law, y *Où en est la linguistique? Entretiens avec des linguistes*, de Covadonga López Alonso y Arlette Séré (p. 12), bien pudiera añadirse el volumen de homenaje a Marius Sala, *De ce am devenit lingvist?* (2012), en el que intervino Emilio Ridruejo, tal como indica este autor en la p. 331 (n. 19) de la obra que aquí se reseña: «Una versión de la primera parte de este artículo ha sido publicada con el título “Cómo me hice lingüista” en un volumen de homenaje a Marius Sala (Ridruejo 2012)».

Entre las evocaciones más recurrentes diría que se encuentra la de aquel trabajo iniciático de juventud que constituye la propia tesis doctoral, e incluso la anterior, menor y preparatoria, la de licenciatura, popularmente llamada «tesina». Es incontestable la relevancia de la tesis doctoral en el encarrilarse de la vida académica, su culmen en la defensa, la evocación del director correspondiente, los componentes del tribunal que la juzgó. Toda tesis doctoral constituye «un acto académico de profunda significación que me sigue emocionando como entonces y el día que supone, desde mi punto de vista, el hito más importante en la carrera universitaria de un profesor», escribe Miguel Casas (p. 99), lo que suscribo yo mismo sin dudar.

Otro motivo recurrente es el origen humilde de una mayoría de componentes de esta generación, tal como narran, entre otros, Cerdà, Martínez Celdrán, Dorta o Gil.

No pocos conocieron, en los primeros años de su vida, una situación en que la lengua propia familiar era vetada, no se enseñaba en la escuela, y solo después pudieron orientar su camino hacia el estudio de la lengua propia, la materna: ya el catalán (Argenter, Cerdà, Salvador, Viana), el gallego (Regueira) o el vasco (Etxebarria, Pagola). Algunos, aun habiendo nacido en un lugar monolingüe, manifiestan circunstancias que despertaron su curiosidad hacia el multilingüismo. Y alguien hay que se declara distinto en este sentido: «mi infancia y primera juventud transcurren en el ambiente más diferente que cabe imaginar. Nacido en 1949 en Soria, una pequeña ciudad de Castilla, la relación durante la infancia con hablantes de lenguas distintas del español resultaba imposible», escribe Ridruejo (p. 331); pero, aun así, el despertar a la curiosidad por las lenguas no tardaría, en un Instituto de Bachillerato como el de Soria, donde los profesores de la época seguían la estela académica nada menos que de Antonio Machado y Gerardo Diego (p. 332).

Por otra parte, se hallan coincidencias, aquí y allá, entre diversos autores: así, el reclamar la virtud etimológica de la palabra *universidad* (Bosque, p. 53; Calero, p. 88); o el «hermano mayor» que Cerdà reconoce en la figura de su maestro Antonio Quilis (p. 114), y Salvador, en la del suyo, Sebastià Serrano; asimismo, la reticencia ante el denominado «Plan Bolonia» por Demonte (p. 155) y «plan de Bolonia» por Bosque (p. 58); según escribe este último, los «importantes cambios didácticos que conlleva no han traído a la Universidad la renovación que esta necesitaba».

Muchos de los coautores entrelazan ciencia y vida: así, Martínez Celdrán (p. 270), quien relaciona hitos vitales (casamiento, nacimiento de hijos) con logros universitarios, profesionales.

Cada contribución ronda el promedio de la docena o quincena de páginas, en lo que supone un ejercicio plural de síntesis admirable, una sucesión de semblanzas en que los diversos estilos de cada pluma suman un caleidoscopio de miradas singularísimo, una obra coral entre literaria e historiográfica de las últimas décadas de la lingüística en España.

La densidad de los datos vertidos en esta generosa colección dificulta una reseña pormenorizada de cada contribución. La polifonía es de tal riqueza que desaconseja la recensión más convencional. Acaso un índice de materias por parte de los coeditores hubiera guiado a un lector selectivo, interesado únicamente por la biografía de determinados autores. En cambio, quien recorra la totalidad del libro, como el reseñador le aconseja, encontrará constantes alusiones a métodos, disciplinas, corrientes, orientaciones varias, que han marcado los caminos elegidos por cada cual:

La llamada «gramática generativa transformacional» (Argenter, p. 17), o «generativo-transformacional» (Fernández, p. 192; Rojo, p. 353);<sup>2</sup> la sociolingüística (Argenter, p. 23), la complejidad ecológica, sociolingüística compleja o «complejica» (Bastardas, p. 39); la gramática descriptiva (por ejemplo, la de la lengua española, a la que consagraron desvelos de codirección Bosque y Demonte, 1999; p. 55); la lexicología, la terminología y la neología, ramas atendidas por Cabré, en especial para la lengua catalana; la glotopolítica y subdisciplinas como las que Calero denomina etnolexicografía, etnogramática y etnortografía (p. 84); los *gender studies*, a los que esta misma autora se declara aficionada (p. 87); la antropología cultural, ligada al estudio de los mecanismos que llevan al eufemismo o al disfemismo (así, en los nombres de la prostituta en español, de Casas; p. 96); la representación en España del proyecto EUROTRA, 1986-1992, por parte de Cerdà; pp. 111, 121-122); el español coloquial, la pragmática y gramática del español hablado, el análisis del discurso (Cortés, pp. 137, 140); los estudios sobre entonación, sobre fonética acústica y experimental (Dorta, pp. 169-170); las lenguas de España y la sociolingüística de las lenguas en contacto (Etxebarria, p. 178); la noción de rasgo distintivo en fonología (Gil, p. 213); la gramática liminar, también llamada *lingüística perceptiva* por López (p. 228); la multiplicidad de facetas de Marcos Marín, de quien opto por no destacar una en detrimento de las restantes (pp. 239-254); la fonética experimental y la prosodia, en el caso de Martínez Celdrán, investigador muy cercano a los coeditores de la obra (p. 264); el estudio de la diversidad lingüística con la mirada curiosa y el ánimo pertinaz de Moreno Cabrera (pp. 280-282); la atención al euskera y su diversidad glotológica por parte de la pamplonesa Pagola (p. 289; ciencia y vida); el legado pidaliano y corominiano, en quien empieza por declararse romanista (Pascual, p. 306), y cuyos setenta títulos de referencia (pp. 311-316) me sugieren otras tantas primaveras; el estudio de la propia lengua (gallega), cuya codificación Regueira confiesa haber tenido «la suerte de vivir [...]», así como «el privilegio de poder tratar de intervenir en su configuración oral»; los procesos de gramaticalización, la historiografía lingüística, la lingüística misionera, en el caso de Ridruejo (pp. 338-341); la implicación en corpus textuales como el CORGA (*Corpus de Referencia do Galego Actual*) o los diversos patrocinados por la RAE (CREA, CORDE, CORES), por parte de Rojo (pp. 356-357); la visión multidisciplinar de Salvador (p. 361), quien empieza hasta por cuestionar su legítima condición de lingüista, desde ámbitos de ocupación como el análisis del discurso, la fraseología, la pragmaestilística o la poesía; la sagacidad y fineza de Viana, que viaja desde su Valencia natal hacia múltiples horizontes (ironía y humor, bioantropología y neurociencias, entre otros), «como una suerte de monje medieval recorriendo caminos en busca de hallazgos valiosos» (p. 391).

La labor de edición es modélica. Ahora bien, así como echo de menos una explicitación de criterios para la selección de los veinticuatro lingüistas, también habría esperado encontrar alguna aclaración sobre el criterio esencial que guía la inclusión de nombres en el «Índice» anexo al final, pues algunos de los mencionados en páginas diversas, no sé por qué, no se incluyen en dicho anexo: entre otros, Yvette Bürki (85), Óscar Loureda (103), Àngels Cardona (113), Itziar Túñez (179), Ramón Santiago Lacuesta (211), Heriberto Avelino (220).

Por otra parte, Emilio Alarcos García (p. 82) se subsume en el índice final en el mismo lugar que su hijo, Emilio Alarcos Llorach. Este último es, por cierto, con veintisiete registros (veintiséis, si computa-

2. Escribe este autor: «los lingüistas españoles pasamos de ser neogramáticos (escasamente radicales) a ser generativistas en muy poco tiempo y, como es de esperar, sin haber dado los pasos intermedios que habrían permitido comprender mejor lo que allí se estaba desarrollando. El estructuralismo europeo tradicional era muy poco conocido y el estadounidense —que es la tercera línea— casi por completo ignorado [...]» (p. 354).

mos en rigor), el lingüista más citado por el conjunto de autobiografías, algo que resulta bien significativo de su condición de precursor y maestro.

Charo Álvarez (p. 393) es la misma persona que Rosario Álvarez, por más que su compañero Requeira la menciona distintamente en dos registros independientes y no muy distantes (pp. 320 y 321).

Otras minucias: *corominas* (por *Corominas*) en el «Índice» inicial; *Es por ello* [por lo] *que* (p. 97); *estados del arte* (pp. 157, 158; en Demonte), según el *Diccionario panhispánico de dudas*: «Calco censurable del inglés *state of the art*»; en cambio, en otros autores: *estado de la cuestión* (pp. 193, 220); «Al inicio de los cursos de bachillerato acudí al entonces Instituto Femenino de Bilbao [...], finalizando estos en 1970» (p. 178; ¡atención al gerundio de posterioridad!).<sup>3</sup>

Por fin, mi labor como reseñador ha resultado de lo más gratificante, y deseo sumar mi gratitud a la del coro de autobiógrafos, dirigida en mi caso a los coeditores de la obra por su original y exitosa iniciativa.

José Enrique GARGALLO GIL  
Universidad de Barcelona  
Institut d'Estudis Catalans

LLORENTE, Teodor (2013): *Obra valenciana completa*. Estudi i edició crítica a cura de Rafael ROCA RICART. València: Publicacions de l'Acadèmia Valenciana de la Llengua, 811 p.

És llarga en el temps, original i productiva la dedicació de Rafael Roca Ricart a l'estudi de l'obra i de la personalitat de Teodor Llorente, en el context dels estudis, seus i d'altri, sobre la literatura i la cultura catalanes del segle XIX. Rafael Roca es graduà i es doctorà en filologia catalana a la Universitat de València amb sengles treballs sobre aquell autor, els quals han estat el nucli generador de tots els que, amb continuïtat i solvència, ha anat elaborant i publicant, i que en un cert sentit, ben segur que no en el de final d'un trajecte, culminen amb la publicació de l'*Obra valenciana completa*.

El motor de la dedicació devia ser el convenciment de la validesa d'una hipòtesi substantiva esdevinguda tesi fonamentada i un justificat i explícit *leitmotiv*: que no s'ha d'identificar la totalitat del moviment renaixentista<sup>1</sup> valencià amb la seva obra i la seva persona (Roca Ricart, 2007: 23), per més que Llorente fos omnipresent en els medis i els mitjans renaixentistes i que la seva obra esdevingués l'element característic assumit com a referent al seu temps i més enllà de la mort, el 1911. Hi havia també la convicció estimulante que aquesta obra va ser globalment positiva per a una nova valoració de la personalitat històrica valenciana i per a l'ús escrit culte de la llengua, considerada obertament, amb la particularitat de l'erràtica preferència per la denominació de «llengua llemosina», com a part de la llengua catalana. Per això destaca intencionadament, més enllà de la tasca reivindicativa de l'escriptor feta per contemporanis implicats, com Puig Torralva, Querol, Iranzo i altres, la que «Miquel Duran de València, Daniel Martínez Ferrando, Francesc Almela i Vives, Enric Navarro i Borràs i Carles Salvador, entre altres, portaren a terme durant gran part del segle XX» (p. 68). I per això, enfront de la tesi del «fracàs social» de tot el Vuit-cents valencianista (Pitarch, 2014: 75), conclou que la Renaixença valenciana

suposà —en la mesura que la societat valenciana del final del XIX ho permeté— un triomf de la cultura autòctona, de la llengua i de la literatura valencianes, que experimentaren una recuperació i un esplendor desconeputs durant segles (Roca, 2007: 399).

3. Tropieza asimismo el reseñador con alguna otra menudencia: *Werner* [por *Wilhelm*] *Meyer-Lübke* (pp. 305, 398); *Grandeant* > *Grandgent*; *Väänänen* > *Väänänen*; *Das Italianische* > *Italianische*; *Tekavčić* > *Tekavčić*; *Altitalianische Elementarbuch* > *Altitalienisches* (p. 306); *Romanischen Seminar* > *Romanisches Seminar* (p. 321); *Vorlessungen* > *Vorlesungen* (p. 322).

1. Evito a posta el terme «renaixentista», emprat per Rafael Roca i alguns altres estudiosos del Vuit-cents, mal format i innecessari.